

DESCIFRANDO LA PARADOJA: LA POSICION DEL CANADA RESPECTO DE CUBA

John M. Kirk

La presencia canadiense en Cuba es evidente. Desde el momento en que se llega ahí (ya sea al nuevo terminal aéreo de Varadero o al renovado de La Habana – ambos construidos por empresas canadienses), es imposible no darse cuenta del papel que juega Canadá. Puede verse en gran medida en el número de veraneantes (más de 100.000 de los cuales viajan cada-año a Cuba). Sin embargo, la penetración canadiense es cada vez mayor en el sector industrial – principalmente en las esferas de exportación de minerales y petróleo, mientras que puede detectarse una gran cantidad de bienes de consumo en las "diplotiendas". Al mismo tiempo, empero, y no obstante los cambios significativos ocurridos desde el final de la Guerra Fría, Ottawa ha hecho poco por modificar su opinión oficial acerca de la Revolución Cubana: Cuba no cuenta aún con asistencia para el desarrollo (suspendida a finales de los años setenta, en la época de la incursión cubana en Angola); la asistencia humanitaria a raíz de la "tormenta del siglo" de marzo de 1993 llegó con notorio retraso y los créditos para el comercio de exportación todavía no están a disposición de las empresas canadienses que desean comerciar con Cuba.

En este breve trabajo se examinan los que parecen ser los denominadores comunes de la relación bilateral. Se basa en el concepto de que existe realmente un comportamiento paradójico en esta relación bilateral.¹ Sobre la base de un proyecto de largo plazo que analiza las relaciones cubano-canadienses y tras importantes investigaciones en los archivos del Departamento de Asuntos Externos en Ottawa y del Ministerio de Relaciones Exteriores en La Habana, se presentan algunas reflexiones acerca de la índole de los vínculos entre Canadá y Cuba.

¹ Utilizo en este caso la definición de paradoja que se halla en el *American Heritage Dictionary of the English Language*, que explica que la expresión proviene del griego *paradoxos* ("contrario a las expectativas") y se refiere a ella como "la que muestra aspectos inexplicables o contradictorios".

En 1970, John Holmes, el ya fallecido Subsecretario de Estado Adjunto de Asuntos Externos, hacía ver que "una política exterior acertada debe basarse en la aceptación de las paradojas. Ello vale para las grandes potencias, pero es especialmente válido para una potencia intermedia cuyo alcance no debe sobrepasar lo que puede abarcar".²

Un análisis de 34 años acerca de la manera en que Canadá considera los acontecimientos en La Habana revela claramente que, en forma deliberada o accidental, la posición de Ottawa ha girado en gran parte en torno a esta doctrina.

Cuatro son los conceptos claves necesarios para entender la dinámica de las relaciones cubano-canadienses durante su evolución en los últimos 34 años. Estos pueden definirse de la siguiente manera:

i) equívocos y mala comunicación – aunque esta característica es claramente menos evidente en la actualidad;

ii) pragmatismo diplomático y reconocimiento de un gobierno establecido, sea o no del agrado de Ottawa;

iii) deferencia tradicional para con Washington, especialmente notoria durante el último gobierno (Mulroney) de 1984 a 1993;

iv) determinación de coexistir con Cuba y, a veces, de buscar una relación bilateral mutuamente ventajosa.

Respecto del primero de estos elementos, los archivos de ambas cancillerías están llenos de ejemplos de errores culturales, malentendidos y comunicación distorsionada, a menudo a pesar de las mejores intenciones. Examinemos, por ejemplo, el angustioso llamado de ayuda del Embajador cubano Américo Cruz a su Ministro de Relaciones Exteriores, Raúl Roa, en la primavera de 1961. Cruz solicitaba urgentemente instrucciones, puesto que temía haber causado, inadvertidamente, un grave incidente internacional. Este singular episodio giraba alrededor de dos cajas de puros que había enviado a Howard Green, Secretario de Estado de Asuntos Externos, y al Primer Ministro John Diefenbaker. Green había disfrutado los puros, pero Diefenbaker devolvió la caja a la Embajada cubana, decla-

² John W. Holmes, *The Better Part of Valour: Essays on Canadian Diplomacy*, (Toronto: McClelland y Stewart, 1970), p. vii. En el mismo tono añadió que: "La discreción en la diplomacia no es incompatible con la audacia para llevar a cabo iniciativas en política exterior o incluso jugadas espectaculares en política internacional. La discreción es el cálculo de los problemas en juego y las fuerzas que pueden acopiarse. Sobre todo, radica en el reconocimiento de la contradicción y la aceptación de la paradoja".

rando que sencillamente no podía aceptar el obsequio a causa de los sentimientos expresados en la nota adjunta, que decía:

"Estimado Sr. Primer Ministro:

Le ruego aceptar esta caja de puros cubanos con nuestros mejores deseos.

Espero que, mientras los fume, tenga 'el nombre de Cuba en sus labios y que sus pensamientos estén con el valiente pueblo de mi país que resiste con firmeza la agresión imperialista."³

Sin embargo, la mala comunicación y las dificultades en la comunicación transcultural no se limitaban a los diplomáticos cubanos. En realidad, los archivos diplomáticos de ambos países están repletos de incidentes embarazosos que fueron en gran parte consecuencia de la falta de valoración de la cultura a la que iban dirigidos los mensajes. Por ejemplo, en 1969, el título poco afortunado de un memorándum, "Ordenanza municipal relativa a incendios y la Embajada de Cuba", preparado en el Departamento de Asuntos Externos, reveló una clara falla de comunicación respecto de un incidente extraordinariamente secundario.

El 26 de mayo de 1969, algunos representantes oficiales del gobierno cubano decidieron quemar ciertos documentos confidenciales en el patio trasero de la Embajada. Desafortunadamente, un vecino, después de observar el humo, alertó al cuerpo de bomberos, luego de lo cual se produjo una sucesión de hechos dignos de Chaplin, con la "incursión masiva de bomberos armados con hachas" en la Embajada, funcionarios cubanos que gesticulaban con los brazos para informarles acerca de la índole del fuego y un bombero oficioso que les decía que habían cometido una infracción contra la ordenanza municipal en materia de contaminación del aire (la quema de papeles al aire libre). El Embajador cubano informó posteriormente al Departamento de Asuntos Externos que en el futuro todos los documentos confidenciales se quemarían en el incinerador ("La idea de emplear una trituradora de papel todavía no se les había ocurrido", observó fríamente el autor del memorándum).⁴

Dos años después, un incidente en que participó el renombrado fotógrafo canadiense Youssef Karsh, habla con elocuencia del triun-

³ Véase la carta del 3 de mayo de 1961 del Embajador Cruz al Primer Ministro del Canadá, *Archives*, MINREX, La Habana.

⁴ Véase el memorándum sobre "Le règlement municipal contre les incendies et la chancellerie de Cuba", 27 de mayo de 1969, 20-1-2-CUBA, 2, *Archives*, Departamento de Asuntos Externos, Ottawa.

fo de la burocracia sobre la comunicación expresiva. Karsh había regresado recientemente de La Habana, donde había realizado una serie de retratos de Fidel Castro. Durante su viaje había elogiado una determinada especie de palmera cubana (la palma macana), a raíz de lo cual Fidel Castro prometió enviarle una. Fiel a su palabra, el dirigente cubano así lo hizo, hecho que causó grave preocupación en Ottawa debido a la consiguiente infracción al reglamento que suponía el espontáneo gesto de buena voluntad. En realidad, como informó un esforzado burócrata del Departamento de Agricultura a la Embajada de Canadá en La Habana, el hecho involucraba una cantidad significativa de trámites burocráticos: "i) La planta debe venir absolutamente libre de tierra, ya que está prohibida la importación de tierra de todos los países, salvo del territorio de los Estados Unidos; ii) La planta debe ir acompañada de un certificado fitosanitario (es decir, un certificado de sanidad vegetal) emitido por las autoridades de cuarentena vegetal de la Dirección Nacional de Sanidad Vegetal".⁵

Aunque estos incidentes sean divertidos, es importante tener presente que revelan —al igual que muchos otros similares— un notorio desconocimiento de una cultura por parte de la otra. En estos tres casos las partes canadiense y cubana actuaron con la mejor de las intenciones, y sin embargo en todos ellos se produjo una clara falla de comunicación cultural. Los consiguientes malentendidos complicaron la falta de valoración de la cultura de la otra parte, con lo que se perpetuaba la imagen estereotipada de ésta.

Sin embargo, mucho más grave fueron los informes erróneos suministrados por diplomáticos destacados en el país a sus superiores. Por ejemplo, funcionarios cubanos magnificaron con elocuencia a comienzos de los años sesenta el nivel de opresión que sufrían los habitantes de Quebec a manos de sus amos anglófonos (lo que explicaba, según decían, por qué estaban preparados para buscar la independencia y miraban ansiosos el modelo cubano). Hace dos años el Embajador de Canadá ante la OEA (y ex diplomático en Cuba) me señaló que "tanto Canadá como los Estados Unidos consideran a Cuba como una manzana podrida. La única diferencia entre la política canadiense y estadounidense hacia Cuba es que, mientras Ottawa espera que la manzana podrida caiga por su propio peso,

⁵Véase el memorándum del Departamento de Agricultura a la Embajada de Canadá en La Habana ("Cable re: Karsh"), 22 de octubre de 1971, File 20-1-2-CUBA, vol. 14 (1 de octubre de 1971 - 30 de noviembre de 1971), *Archives*, Departamento de Asuntos Externos, Ottawa.

Washington sacude el árbol". Esta no podría denominarse una postura diplomática y, dicho sea de paso, es una posición que no comparten muchos colegas en el Departamento de Asuntos Externos.

¿Por qué extenderse en los detalles de estos incidentes? Básicamente para revelar que la mala comunicación es un acto de auto-perpetuación que a la postre se transforma en una "leyenda negra" sumamente difícil de invalidar. Los últimos años del decenio de 1950 y comienzos de los años sesenta, constituyen particularmente buenos ejemplos de cómo representantes oficiales del gobierno canadiense malinterpretaron a Cuba y proporcionaron un flujo constante de insultos contra Castro. Si por ejemplo, se hubiera tomado al pie de la letra la interpretación hecha por los diplomáticos canadienses allí en ese entonces, se habría supuesto que Fidel Castro nunca podría haber derrotado al ejército de Fulgencio Batista; que Fidel Castro habría sido derrocado en el plazo de un año; que el gobierno revolucionario no contaba con apoyo popular en ese entonces y que se habría producido una invasión de los Estados Unidos para proteger sus inversiones.

Es significativo que haya evolucionado de la manera en que Ottawa y La Habana se consideran mutuamente, como cabría prever 34 años después de la toma del poder por parte del gobierno revolucionario. Habida cuenta de lo anterior, ha sido realmente una lucha cuesta arriba llegar al estado actual de relaciones diplomáticas; a este proceso no han contribuido las operaciones de recopilación de informes de inteligencia por parte de Cuba en Canadá, la ignominiosa "escuela de espionaje" que funcionaba en el consulado en Montreal a mediados de los años setenta, los informes erróneos sobre Cuba esparcidos deliberadamente por funcionarios canadienses de seguridad y los políticos que sacaban provecho de las actividades de personas tildadas de comunistas. La evolución bilateral ha experimentado, de hecho, graves tensiones que se debieron en gran parte a un nivel desafortunado de mala comunicación. Algunos destacados diplomáticos de ambos países han desviado lentamente esta corriente, pero ciertamente no ha sido fácil superar esta tradición de suspicacia.

La segunda característica de esta relación bilateral ha sido el pragmatismo de Ottawa, basado en una política normal de reconocer al gobierno establecido prácticamente en todos los países. Es evidente que el gobierno revolucionario de Fidel Castro se ha mantenido firmemente en el poder durante los tres últimos decenios y el gobierno canadiense, en consecuencia, ha observado una política normal de relaciones correctas y cordiales.

También es importante tener presente otros dos factores que han contribuido a afianzar esta relación: la negativa de Canadá de romper relaciones con la Cuba revolucionaria, no obstante la presión significativa ejercida por Washington, y el valor de la iniciativa de Trudeau en el decenio de 1970. Estos dos factores, aunados a la práctica diplomática normal de Canadá, han contribuido de manera significativa a una dinámica bilateral relativamente firme.

Vale la pena insistir en el primer punto, puesto que el valor de este factor a menudo no se aprecia lo suficiente en los círculos diplomáticos internacionales, incluida la propia Ottawa. Realmente sólo dos países de América—México y Canadá— se negaron a aceptar la presión de los Estados Unidos a comienzos del decenio de 1960, tras la suspensión de la participación de Cuba en la OEA. El gobierno nacionalista de John Diefenbaker de ese entonces rechazó resueltamente que se aceptara el amedrentamiento de John F. Kennedy. En parte, el primer ministro canadiense esperaba sacar ventaja del bloqueo estadounidense contra Cuba mediante la venta de productos canadienses para reemplazar mercancías estadounidenses de las que ya no se disponía en Cuba. Pero también había en ello un alto grado de nacionalismo, en la medida en que Diefenbaker trataba de demostrar que Ottawa formularía su propia política exterior de manera soberana e independiente. (Además, la animosidad personal y verdadera antipatía mutua entre los dos dirigentes de América del Norte fue también un factor coadyuvante.)

La visita realizada en 1976 por el Primer Ministro Pierre Trudeau, acompañado de su familia, fue asimismo sumamente importante en la evolución de las relaciones entre Ottawa y La Habana. Al efectuar el viaje, Trudeau incurrió en un riesgo importante en política interna, que significativamente fue el primero realizado por un dirigente de un país de la OTAN. Su amistad personal con Fidel Castro (que prosigue casi 20 años después) y la determinación de buscar una "tercera opción" en la política exterior de Canadá (es decir, una política independiente de las dos fuerzas impulsoras tradicionales de la política exterior canadiense hacia los Estados Unidos y hacia el British Commonwealth), fueron beneficiosas para ambos países. De hecho, en 1980, Canadá exportaba bienes a Cuba por un valor aproximado de 400 millones de dólares.

Trudeau creía firmemente que la manera de ejercer influencia sobre otros gobiernos era a través del comercio. También estaba convencido de que, a pesar de existir diferencias de criterio funda-

mentales respecto del papel de Cuba en Angola, era realmente posible establecer un diálogo fructífero con el gobierno revolucionario. En síntesis, el vendaval de Washington, así como su apoyo armado a las guerrillas de UNITA, fueron rechazados por Trudeau como decididamente inútiles. Durante su mandato, y particularmente en el período 1970-1979, las relaciones entre Canadá y Cuba se desarrollaron sobre una base sólida, tanto desde el punto de vista político como comercial.

La tercera constante, al tratar de explicar la evolución de la dinámica cubano-canadiense, gira en torno a los lazos sumamente estrechos entre Canadá y los Estados Unidos. En lo cultural, existen similitudes importantes entre ambos países y hay un flujo constante de influencias de la televisión, la música, las películas, los deportes y los medios de comunicación desde el Sur. Sin embargo, además de la cultura popular, la inmensa frontera sin resguardo constituye otro símbolo útil para los muy estrechos vínculos ya mencionados. Finalmente (y quizá lo más importante), el entrelazamiento de las élites empresariales de ambos países, el impacto del Acuerdo de Libre Comercio y una clara dependencia comercial de Canadá respecto del mercado de los Estados Unidos, constituyen influencias importantes en la política exterior de Ottawa. Así ha ocurrido particularmente durante el mandato del Primer Ministro Brian Mulroney (1984-1993), cuando el establecimiento de una relación más estrecha con Washington se fijó como uno de los objetivos fundamentales del dirigente canadiense.

La dependencia comercial puede explicarse con diversos datos estadísticos. Todos revelan la situación de Canadá básicamente como una "sucursal" de la industria estadounidense. Aproximadamente, un 80% de las exportaciones de Canadá está destinado a los Estados Unidos, situación extraordinaria (y evidentemente riesgosa). Hace más de un siglo José Martí instó a Cuba a que diversificara sus asociados comerciales puesto que "El que compra, manda", como hacía ver con cierta intuición. La consiguiente deferencia para con Washington es muy comprensible, teniendo en cuenta este contexto. En realidad, las claras líneas de nacionalismo económico manifestado por algunos primeros ministros como Diefenbaker y Trudeau son muy insólitas, habida cuenta de la influencia avasalladora de Washington. Hace más de 20 años, Trudeau lo expresó muy bien cuando comentó: "Vivir al lado de los Estados Unidos equivale un poco a

dormir con un elefante. Por amistosa o tranquila sea la bestia, uno resulta afectado con cada sacudida y gruñido".⁶

Una atenta lectura de los archivos del Departamento de Asuntos Externos revela que incluso las decisiones o transacciones insignificantes a menudo se vieron estorbadas o frustradas por cautelosos diplomáticos canadienses que trataban de ahorrarle ofensas o desaires a sus contrapartes estadounidenses. Los ejemplos abundan, pero quizá uno sea suficiente. La venta de 5.000 cabezas de ganado (a un costo aproximado de 10 millones de dólares) a Cuba fue claramente un buen negocio para Canadá, pero sin embargo produjo mucho nerviosismo mientras Ottawa trataba de pensar en las diversas explicaciones que daría a Washington para justificar la transacción. En un memorándum confidencial, fechado el 29 de abril de 1969, dirigido por J. C. Langley al Subsecretario de Estado de Asuntos Externos, se buscó la manera de justificar la concesión de seguros de crédito a las exportaciones hacia Cuba para esta operación, observando que la venta de ganado a Cuba era en realidad un cambio modesto por parte de Canadá en un mercado donde el Japón y los países de Europa Occidental ofrecían condiciones más generosas. Considerando lo anterior, Langley se apresuró a agregar: "será necesario tener a mano una razón muy convincente para explicar esta jugada" en Washington, y sugería relacionarla con la revisión en curso de la política exterior de Canadá.⁷ Es sugerente observar que los diplomáticos estadounidenses parecieron solícitamente desinteresados en la exportación de ganado canadiense, en tanto que Ottawa estaba claramente en ascuas en el plano diplomático.

Ultimamente esta incertidumbre respecto de cómo proceder en defensa de los intereses canadienses, por una parte, y al mismo tiempo enfrentar a la presión de los Estados Unidos, por otra, puede verse en la reacción de Ottawa a la *Cuban Democracy Act*, de 1992 (conocida generalmente como la Torricelli Bill). Dicha ley prohíbe la venta a Cuba de bienes producidos por filiales estadounidenses en terceros países. Ottawa respondió con firmeza a esta ley (aprobada evidentemente al calor de la campaña presidencial de 1992 en los Estados Unidos) y la condenó porque transgredía la soberanía cana-

⁶ Pierre Elliot Trudeau, *Conversation with Canadians*, (Toronto, Canadá: University of Toronto Press, 1972), p. 176.

⁷ Véase el memorándum de J. C. Langley preparado para el Subsecretario de Estado de Asuntos Externos y enviado el 29 de abril de 1969 a la Embajada del Canadá en Washington, *Archivos del Departamento de Asuntos Externos*, 20-1-2-Cuba, p. 2.

diense. El 13 de octubre de 1992, Barbara McDougall, Secretaria de Estado de Asuntos Externos, condenó la ley y presentó medidas legales para bloquearla en Canadá. Al mismo tiempo, la Ministra de Justicia (y posteriormente Primera Ministra) Kim Campbell, defendió la orden de bloqueo de Ottawa: "Esta orden se propone defender la primacía del derecho y la política comerciales de Canadá. Las medidas adoptadas por el Congreso el 5 de octubre de 1992, si se dejaran sin objeción, constituirían una intromisión inaceptable del derecho estadounidense en Canadá y podrían afectar adversamente importantes intereses canadienses en relación con el intercambio o el comercio internacional".

El tono de la nota de la Sra. Campbell era firmemente nacionalista, en respuesta a la Torricelli Bill: "Las compañías canadienses llevarán sus negocios según las leyes y reglamentos de Canadá y no de un país extranjero".⁸ El gobierno advirtió que se impondrían penas de cárcel y multas a quienes no respetaran las leyes canadienses. Sin embargo, un año después, aproximadamente 20 filiales de compañías establecidas en los Estados Unidos han pasado por alto la legislación canadiense. En realidad, el Departamento de Asuntos Externos ha remitido no menos de 20 casos de supuestas violaciones al Departamento de Justicia para su investigación. Hasta la fecha no se ha producido ni un solo enjuiciamiento en virtud de la Ley de Medidas Relativas a la Extraterritorialidad Extranjera, en gran parte debido al mismo criterio defensivo que afectó la venta de ganado canadiense hace unos 20 años.

El cuarto y último denominador común de esta enigmática dinámica bilateral se refiere a un firme, aunque a veces titubeante, intento de fortalecer realmente las relaciones entre Canadá y Cuba. En gran medida, es consecuencia de iniciativas adoptadas por una diversidad de fuentes, a las que ha respondido Ottawa. El gobierno federal desea evidentemente la coexistencia con Cuba y reconoce realmente que al hacerlo, puede obtener algo valioso desde el punto de vista comercial y político. Por ello, no está claramente empeñado en proseguir actividades precursoras y en general su papel consiste en reaccionar a las iniciativas emprendidas por otros.

Es importante señalar que de hecho se han producido acontecimientos significativos en este frente – por parte de los propios

⁸ Gobierno del Canadá, "Canada issues order blocking U. S. trade restrictions", *News Release*, N°199, 13 de octubre de 1992, p. 1.

parlamentarios, gobiernos provinciales, empresarios, organizaciones no gubernamentales y grupos de solidaridad (de los cuales han surgido unos 12 a lo largo de Canadá en los dos últimos años). En 1993, por ejemplo, aproximadamente 21 miembros del Parlamento y senadores constituyeron el "Grupo de la amistad Canadá-Cuba" Algunos legisladores de Ontario (y en particular el Presidente del Parlamento, David Warner) y el miembro del Parlamento provincial Jim Henderson, se han dedicado a una diversidad de nuevos planes de acción: se donaron aproximadamente 30 autobuses y decenas de bultos con medicamentos como resultado de los esfuerzos de estos miembros del Parlamento provincial; asimismo, varias delegaciones de dirigentes empresariales canadienses, encabezados por Henderson, se han dedicado a buscar *joint ventures* mutuamente provechosos.⁹

En los últimos años se han efectuado misiones comerciales de las provincias de Ontario, Saskatchewan, Quebec y Nueva Brunswick. Estos viajes han resultado útiles, y aunque han producido contratos lucrativos, han obedecido en gran parte a esfuerzos individuales, más que al apoyo de Ottawa. Por supuesto, el gobierno federal y el comisionado de comercio en la Embajada de Canadá en La Habana, proporcionan asesoramiento en materia comercial. Sin embargo, de entrevistas realizadas a muchos empresarios canadienses que han estado en Cuba, se infiere claramente que muchos inversionistas potenciales prefieren emprender de manera independiente sus operaciones comerciales. Habida cuenta del carácter altamente lucrativo de determinado grupo de industrias cubanas, es evidente que los empresarios canadienses –y en realidad los gobiernos provinciales– proseguirán buscando oportunidades de inversión. Sin embargo, es lamentable que Ottawa aún se niegue a tomar la iniciativa en cuanto a proporcionar créditos comerciales a potenciales exportadores canadienses.

La posición de Ottawa en relación con el apoyo a operaciones comerciales puede calificarse adecuadamente de cautelosa y tibia a la vez. Sin embargo, existen algunos signos alentadores que deben señalarse. En 1993, Canadá proporcionó unos 250.000 dólares a Cuba en ayuda alimentaria y otros 250.000 en medicamentos. Es significativo que ninguna de estas donaciones fue de índole bilateral

⁹ Para conocer el relato de un viaje reciente de David Warner, véase su artículo titulado "A Speaker's Diary: Parliamentary Visit to Cuba", *Canadian Parliamentary Review*, vol. 15, N^o4, invierno, 1992-1993, pp. 11-13.

y ambas fueron respuestas (un poco tardías) a la exhortación de Cuba a la comunidad internacional para obtener asistencia humanitaria a raíz de la tormenta de marzo de 1993 que devastó ese país. Sin embargo, se trató de un gesto importante, ocurrido más de diez años después de la interrupción de la asistencia para el desarrollo a Cuba a través de la Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional (CIDA), que La Habana agradeció.

Observaciones generales y más paradojas...

Es evidente que los canadienses, que no cargan con la responsabilidad de saberse la última superpotencia sobre la tierra, no sienten la Revolución Cubana como una amenaza. En realidad, más de 100.000 canadienses buscaron la manera de escapar del prolongado invierno el año 1992, lo que constituye un gran incremento respecto de los 20.000 que visitaron ese país hace sólo una década (la cifra actual, expresada en términos de la población de los Estados Unidos, sería aproximadamente 2 millones y medio de norteamericanos, cantidad evidentemente asombrosa).

Se prevé que las cifras pasarán de 105.000 a 120.000 en la temporada de 1993. Esta cantidad sería posiblemente mayor, si no fuera por las ominosas advertencias contenidas en avisos de viaje publicados por el Departamento de Asuntos Externos acerca de los supuestos riesgos de aventurarse en suelo cubano. Es evidente que la actual crisis financiera de Cuba se ha traducido en un incremento masivo de delitos menores (los hurtos, en particular, han alcanzado niveles nunca vistos). Aun así, viajar a Cuba es mucho más seguro que ir a Nicaragua, El Salvador o incluso Jamaica; ésto no se deduce claramente de los avisos oficiales del gobierno canadiense en relación con los viajes, que describen un panorama alarmante en Cuba y no hacen diferencia entre este país y los demás.

La política tradicional de no interferencia de Ottawa puede contrastarse en general con la política de intervención por parte de las organizaciones no gubernamentales, los particulares, los gobiernos provinciales, los empresarios y los veraneantes, que siguen abogando por una mayor comunicación con Cuba. Las misiones comerciales encabezadas por personas como el legislador de Ontario, Jim Henderson; la ayuda humanitaria solicitada por OXFAM, CUŞO y las iglesias y los empresarios particulares que realizan (lucrativas) acti-

vidades comerciales en Cuba, son claramente los precursores, de quienes Ottawa puede aprender mucho. Hay señales de que la posición oficial quizá esté empezando a cambiar, a medida que el estrechamiento de vínculos entre Canadá y América Latina se hace inevitable y que América Latina, los países del CARICOM y Europa establecen lazos comerciales más estrechos con Cuba. Sin embargo, este proceso será lento y el gobierno federal una vez más reaccionará ante las cambiantes circunstancias en vez de buscar activamente esas transformaciones.

La paradoja de las relaciones bilaterales entre Canadá y Cuba se ve claramente en nuestras relaciones comerciales. Los últimos informes provenientes de La Habana señalan el incremento del comercio bilateral, a pesar de la crisis actual de Cuba; no obstante, Ottawa todavía no otorga créditos de exportación a los exportadores canadienses –a diferencia de nuestros principales competidores: México, España y Francia–, que sí garantizan esos créditos. (De hecho, mientras las exportaciones cubanas a Canadá aumentaron de 44 millones 300.000 dólares en 1985 a 256 millones 100.000 dólares en 1992, las exportaciones canadienses se redujeron constantemente de 330 millones de dólares a 113 millones durante el mismo lapso. Si nos situamos en la perspectiva apropiada, sin hacer ajustes por inflación, esto representa aproximadamente la cuarta parte de las exportaciones canadienses en 1980.)

Los canadienses juegan un papel relativamente importante en Cuba: constituyen 28% de todos los turistas extranjeros y poseen las inversiones individuales de mayor magnitud. Las compañías canadienses han aumentado su participación en el sector turístico y se mueven activamente en la prospección de petróleo, la extracción de oro y la fundición de níquel. En total, después de las inversiones de España, Canadá ocupa el segundo lugar entre los inversionistas extranjeros.

Teniendo en cuenta esta situación y el reconocimiento tradicional de la Cuba revolucionaria, no se sabe cómo explicar la tardanza de Ottawa en responder con mayor rapidez a la solicitud de ayuda de Cuba a raíz de la "tormenta del siglo" en marzo de 1993. (La explicación oficial dada en Ottawa, a saber, que a consecuencia de una reestructuración del gabinete hubo un nuevo Secretario de Estado de Asuntos Externos, aclara en parte la demora pero no constituye evidentemente un factor importante.) La mayoría de los países de América, el Caribe y Europa suministró ayuda humanitaria, no así

Ottawa, pese a la solicitud de asistencia formulada por diplomáticos canadienses en La Habana. La posterior ayuda simbólica en medicamentos (250.000 dólares) y una cantidad similar en asistencia alimentaria (aprobada cinco meses después de la tormenta) fue de utilidad. Sin embargo, es lamentable que se haya dado "demasiado poco, demasiado tarde" – y después de que lo hicieran países de todo el mundo mucho más pobres que Canadá y que no poseen nuestros nexos comerciales.

Hace aproximadamente cuatro años, Richard Gorham, Embajador itinerante de Canadá en América Latina, esbozó muy bien la dinámica bilateral: las relaciones bilaterales, según explicó, "han sido y siguen siendo correctas, cordiales y tan estrechas como cabe prever entre dos países que tienen diferencias importantes en temas de política exterior, cuestiones de seguridad, estructura política y económica y filosofía política".¹⁰

Sin embargo, en ello radica precisamente el desacuerdo, porque a la luz de los cambios que se han producido en la escena mundial y en la propia Cuba, esas "diferencias importantes" no son en manera alguna, ni con mucho, tan grandes como lo eran hace sólo cuatro años. Este es un hecho del que las autoridades oficiales de Ottawa no han tomado plena conciencia y que debe ser reconocido lo antes posible.

El futuro.

La "óptica" de Canadá, entonces, se basa en gran medida en un sentimiento de que "todo sigue igual", junto con la imperturbable y a veces fastidiosa "fórmula de transacción canadiense" (*Canadian compromise*), que no hay que subestimar. Sin embargo, los encargados de formular las políticas lentamente comienzan a darse cuenta de que el mundo es distinto con la desaparición de la Guerra Fría. Cuba, que experimenta graves dificultades incluso para alimentarse, no representa ya una amenaza para la seguridad interamericana. Además, las transformaciones que se han producido en Cuba en los dos últimos años (y en realidad en el verano de 1993) revelan una situación

¹⁰ Richard V. Gorham, "Canada-Cuba Relations: A Brief Overview", en: H. Michael Erisman y John M. Kirk (eds.), *Cuban Foreign Policy Confronts a New International Order*, (Boulder, Co.: Lynne Rienner, 1992), p. 203.

económica considerablemente diferente, si se la compara con la de hace tan sólo dos años. En consecuencia, nuestra mira, que ha estado un tanto fuera de foco en los últimos años, necesita urgentemente ser afinada y actualizada.

Canadá que, a diferencia de los Estados Unidos, ha buscado tradicionalmente una política de compromiso con Cuba, debe darse cuenta actualmente de que Cuba está cambiando rápidamente. Además, los dignatarios en Ottawa deben valorar que los intereses de Canadá serán mejor servidos con el desarrollo de ese compromiso que con una actitud meramente pasiva, como ha ocurrido en los últimos años. Los intereses comerciales y políticos de Canadá pueden y merecen ser atendidos, tomando la iniciativa de proseguir esta política: hemos pagado nuestras obligaciones históricas mediante la elaboración de una política hacia Cuba y ha llegado el momento de cosechar, en vez de ser sobrepasados por los países de Europa, América Latina y, dentro de los próximos cinco años, quizá los Estados Unidos.

Es realmente cierto que México, y posiblemente Venezuela, Brasil y Chile ofrecen sólidas oportunidades de inversión que deben buscarse, ya que Canadá trata de desarrollar una política revitalizada hacia América Latina. También es cierto que ninguno de estos países es considerado problemático por Washington, que sigue mirando con desconfianza las inversiones extranjeras en Cuba. Al mismo tiempo, una renovada política de Canadá hacia los países de América no puede dejar de considerar la importancia política de Cuba entre las comunidades interamericana y caribeña (donde su tamaño relativamente pequeño no ha obstaculizado su elevado perfil internacional). Hace una década, solía afirmarse que Cuba era un país del Tercer Mundo con un perfil de Primer Mundo. Mucho de ello evidentemente ha desaparecido para siempre, aunque subsiste todavía mucho respeto, como puede verse en la atención que concita Fidel Castro en las transmisiones de mando presidencial y en las reuniones cumbres iberoamericanas.

No obstante, además de reconocer a la vez los importantes cambios internos en asuntos políticos y económicos y en los foros internacionales (por ejemplo, la condena por las Naciones Unidas en 1992 del bloqueo estadounidense a Cuba o su rechazo en 1993 por parte del Parlamento Europeo), es evidente asimismo que resulta sumamente rentable invertir en Cuba en la actualidad. La cadena hotelera española Sol-Meliá evidentemente así lo ha entendido y

actualmente obtiene utilidades importantes después de haber recuperado sus inversiones de sus dos hoteles insignia en Varadero. Los canadienses también están en proceso de comprender que vale la pena invertir en Cuba, especialmente en una época de transición tan sorprendente.

Empiezan a aparecer algunas señales alentadoras en la política canadiense hacia Cuba. Instituciones de alto renombre como el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) y FOCAL han emprendido algunas iniciativas interesantes en Cuba. (En particular el CIID, cuyo ex director, Ivan Head, rechazó todas las tentativas del gobierno canadiense para que redujera los fondos destinados a investigaciones en Cuba y que merece ser elogiado por proseguir un programa apolítico. Además, los descubrimientos derivados de las investigaciones médicas realizadas en el Instituto de Medicina Tropical en La Habana han sido de enorme beneficio para los países tropicales. Es evidente que se trata de un modelo en materia de asistencia canadiense para el desarrollo en cualquier parte del mundo.)

La Primera Ministro de Canadá, Kim Campbell, también ha señalado la necesidad de instituir una comisión de expertos en América Latina y el Caribe para que informe acerca de las oportunidades para Canadá y fortalezca la Fundación para las Américas. Es de esperar que una faceta importante de esta comisión examine la posición anómala de Cuba en el hemisferio, así como las evidentes oportunidades comerciales que se han abierto en los últimos años. Todos estos son primeros pasos importantes que habrán de proseguirse de manera vigorosa.

En el prólogo de mis notas utilicé observaciones del gran científico político canadiense John Holmes acerca de la necesidad de tener un elemento de paradoja en la política exterior de una potencia de tamaño mediano. Ese elemento abunda claramente en la política de Canadá hacia Cuba, pero Holmes también tuvo algunas palabras prudentes acerca de los límites de la paradoja, que convendría tener presente. Cuando escribió hace 25 años, observó que "la contemplación constante de la paradoja puede producir hipnosis. El pecado habitual de los diplomáticos y ex diplomáticos es la parálisis progresiva".¹¹

¹¹ Holmes, *op. cit.*, pp. vii y viii.

En el contexto de la amplia extensión de las reformas, evidentemente es tiempo de revisar nuestra política hacia Cuba, es decir, esbozar los objetivos que pueden alcanzarse y buscarlos con afán. Para parafrasear a Holmes, los canadienses deben mirar hacia la futura política exterior "con firme realismo pero sin cinismo". Asimismo, a menos que nos volvamos excesivamente ambiciosos, es importante recordar que "al peligro de los delirios de grandeza, en general, ha de temérsele menos que al peligro de la abnegación paralizante".¹²

¹²*Ibid.*, p. 27.